

La noche silenciosa está en espera
de algo que va á llegar... ¿Una quimera
que se alza de su negra sepultura?...

Para animar mi ensueño sólo falta
en el ciego ajimez, la nivea y alta
sombra espiritual de tu hermosura!

ARABESCOS

PUREZA DE JAZMINES

¡Jazminero, tan frágil y tan leve
que bastara con un soplo de aliento
para que disipases en el viento
tu intacta castidad de plata y nieve!...

¡Tu pureza me evoca aquella breve
mano de espumas y de encantamiento,
que ni siquiera con el pensamiento
mi corazón á acariciar se atrevel

Con su blancura á tu blancura iguala;
 con tus piedades sus piedades glosas...
 Como tú tiene el corazón florido;

y también como tú, también exhala
 sobre el eterno ensueño de las cosas
 un perfume de amor, luna y olvidol

LA AGONÍA DEL NARDO

Sin que el dolor su término acelere,
 al borde de la alberca cristalina,
 tu perfumada palidez se inclina
 como el cuello de un cisne que se muerel

Tu alma de mártir sucumbir prefiere
 á descubrir el cáncer que la mina,
 bendiciendo, al morir, hasta la espina
 que lo más santo de su carne hierel

Te deshojas por no sacarte el dardo;
y un perfume de lágrimas parece
que viertes sobre el patio mudo y quieto...

¡Corazón, corazón, como ese nardo
su pálida belleza desfallece,
llevándose a la tumba su secreto!

Á UN ÁNFORA

Hay en el trazo de tus curvas finas
y en tu figura esbelta y delicada
una armonía apenas esbozada
de esbelteces y líneas femeninas.

Despiertas mi recuerdo y me alucinas
presentando, incompleta, á la mirada,
la silueta de alguna ignota amada
que nunca, nunca de trazar terminas!

Mis manos tiemblan sobre til... ¡Quisiera
abrazarme á tu cuello, cual si fuera
un cuello de mujer, y á él abrazado,

tu barro con mi barro confundido,
llorar por un amor jamás sentido
un llanto de dolor jamás llorado!

Á OTRA ÁNFORA

Cuando le amor, triunfante del olvido,
sueña con reanudar deshechos lazos,
y en las sombras se tienden nuestros brazos,
anhelando abrazar lo que han perdido,

¿qué nostálgico artista ha conseguido
animar con sus sueños esos trazos,
formando tu ilusión con los pedazos
de un ensueño de amor desvanecido?

Tu silueta y tus finas morbideces
evocan, con sus líneas, la elegancia
suprema de esas blancas desnudeces

que entre velos de púrpura y de oro
se esfuman, á través de la distancia,
en el sueño oriental de un baño moro!

LA ELEGÍA DEL ARCO ROTO

En la elegancia de tu mármol muerto
que nostalgias de antiguos arcos siente,
hay algo de palmera del Oriente
bajo los plenilunios del desierto!

Y tu blancura deja al descubierto,
y evoca la blancura transparente
de una furtiva pierna adolescente
que huye, desnuda, entre el verdor de un huerto.

¿Sueñas aún con la divina mano
de aquella noble y pálida hermosura
que muda de ansiedad, de llanto ciega,

en un remoto Abril, esperó en vano,
apoyada la sien en tu blancura,
ese sueño de amor que nunca llega?

LA COLUMNA BLANCA

Tienes la albura de las lunas llenas,
la rectitud de una conciencia pura;
y en tu remota palidez perdura
como una evocación de antiguas penas.

Bajo la casta lumbre de azucenas
del plenilunio, tu esbeltez fulgura;
y hay algo femenino en tu blancura
donde azulan las vetas como venas!...

¡Yo no sé qué recóndita delicia,
yo no sé qué recuerdo ciego y mudo
tu corazón de mármol aprisiona,

que te acaricio igual que se acaricia
el blanco brazo que el amor, desnudo,
á nuestra sed de besos abandona!

EN UN ALFANJE

En Damasco forjéme un espadero;
y al templar mi valor se dió tal traza,
que no existieron yelmos ni coraza
que embotasen los golpes de mi acero.

En toda lucha fulgué el primero;
mas sólo vibró al aire mi amenaza
por mi Dios, por mi honor y por mi raza,
como cumple lidiar á un caballero!

Una vez que los celos me empuñaron
para vengarse de un amor vendido,
bajo el azul enigma de los cielos,

en mi hoja, por siempre, se mezclaron,
entre el silencio del jardín florido,
la sangre del amor y de los celos!

Á UN ÁSPID

Enroscado entre rosas y alhelies,
dentro de la argentada canastilla,
bajo la Luna tu indolencia brilla
como un joyel de oro y de rubíes.

En el misterio de los alhamíes
¡sueñas, acaso, que en la maravilla
de un blanco seno que al amor se humilla,
tu ponzoñosa corrupción deslíes?...

Tras un tapiz su desnudez reposa
entre le niebla azul del pebetero,..
¡Deslizaté hasta ella, y en la rosa

del seno eréctil, tu ponzoña vierte,
que antes que en brazos de otro amor, prefiero
verla dormir en brazos de la Muerte!

MIENTRAS LA GUZLA GIME

Al pie del ajimez donde la aurora
el rosa fresco de su aliento imprime,
doliente guzla en el silencio exprime
yo no sé qué inmortal tristeza mora.

Solloza el eco de una voz que implora:
—“¿Por qué te ocultas á mis ojos, dime?...“
Mientras que en el jardín la guzla gime,
la sultana, en su estancia, llora, llora...

Llora asomada al ajimez, y en tanto
que se desangra su dolor en llanto
escuchando la música, no advierte

que espiando, en la sombra, sus desvelos
fosforecen los ojos de la Muerte
en las negras pupilas de los Celos!

LA ESCLAVA DORMIDA

En su lecho de púrpura dormía,
y algún sueño de amor soñando estaba,
pues su seno de nieve palpitaba
y su boca de mieles sonreía...

Tras el rojo tapiz, como un espía,
el Emir en silencio contemplaba
el blanco cuerpo de la rubia esclava,
que de amor y de celos le encendía...

Suspiró un nombre extraño de repente;
y al sonreír, todo el amor humano
brilló en lo blanco de su dentadura...

Y el Emir, sin un gesto, lentamente,
entre los senos, con certera mano,
le hundió el alfanje hasta la empuñadural

LA LEYENDA DE LA GUZLA

La reina virgen que murió de amores,
rosal que sin dar rosas cayó muerto,
ordenó á sus más fieles servidores
que en féretro de sándalo, cubierto

y ungido de balsámicos olores,
su corazón, á la esperanza abierto,
llevasen á enterrar entre las flores
del más remoto oasis del Desierto.

Un peregrino que de amor gemía,
el féretro encontró sobre la arena;
cuerdas le puso á ver cómo tañía...

Y así surgió la guzla, alma sonora,
donde hace siglos de cariño pena
un insepulto corazón que lloral

LA ÚLTIMA PERLA

El Emir, al llegar su última hora,
á las que encanto son de sus harenes,
les quiso repartir los regios bienes
que en su cofre de sándalo atesora.

Velos capaces de ceñir la aurora;
diademas dignas de imperiales sienes;
collares de topacios y selenes
que el sol enciende y el luar coloral...

Cuando nada quedaba del tesoro,
miró á Zoraida sollozar... Y al verla,
sintió á sus ojos agolparse el lloro,

y le dijo con voz entristecida:
—Aún para ti mi amor guarda una perla:
¡la lágrima postrera de mi vida!

EL JOYEL DE RUBÍES

Muerta cayó, como quien cumple un rito,
sobre el blanco silencio de las losas,
bajo las castidades olorosas
de un jazminero blanco de infinito.

Amar á un rubio amor fué su delito,
y buscarle en las noches silenciosas,
para unir sus jazmines con sus rosas
en guirnaldas de besos... Sin un grito

se evaporó su humana primavera...
Su inmóvil desnudez más blanca era
que el mármol, los jazmines y la Luna...

Tan sólo entre los senos relucía
el áureo pomo del puñal, cual una
joya de ensangrentada pedrería!

EL CASTIGO

El Emir, de su corte rodeado,
así le dijo al paje, con voz dura,
mientras clavaba su pupila oscura
en las pupilas del doncel turbado:

—Mi esposa, la Sultana, te ha acusado
de forzar atrevido su clausura,
para admirar desnuda la hermosura
que sólo ver desnuda á mí me es dado!

—¡Antes que cometieran tal ultraje
á mis ojos cegara!—clamó el paje.
Y á presencia de todos, altanero,

sin vacilar, con los carbones rojos
de un cincelado y aureo pebetero,
bárbaramente se quemó los ojos!

SOBRE LA PIEL DE UNA PANTERA

En su encantado camarín espera
del amor que le enciende, la llegada,
como sedienta en una fuente, echada
de bruces, en la piel de una pantera.

La sombra de la negra cabellera
por su espalda descende destrenzada,
haciendo más suave y delicada
la curva sensual de la cadera.

El pebetero con su olor la incita;
y de la nuca hasta los pies palpita
en un lascivo y vago centelleo

de luces y de sombras, y parece
que hasta la piel felina se estremece
sintiendo los temblores del deseo!

INTERMEZZO DE PLATA

Al claro plenilunio nazarita
brinda voz y perfumes un gorjeo...
Y mostrando á la Noche, cual trofeo
que á las victorias del amor incita,

su intacta desnudez, la Favorita,
encantada en el mágico espejo
de la alberca, es un mármol de deseo
que reclama las hiedras de una cita.

¿Qué aguarda?... Rasga el aire, de repente,
un brusco y corvo azulear de acero...
La visión se desploma sin un grito...

En el silencio ahógase una fuente,
y en el azul apágase un lucero...
Sólo una voz murmura: —¡Estaba escrito!

INTERMEZZO DE ORO

Mientras tiembla en la danza, desmayada
de amor, la ágil y núbil bayadera,
el viejo Emir de palidez de cera,
con la caduca mano ensortijada

acaricia su barba plateada,
con la misma lascivia que si fuera
alguna perfumada cabellera
sobre un seno de virgen destrenzada.

Entre el humo que exhalan los pebetes,
los giros de la danza se idealizan...
Y las ajorcas y los brazaletes,

sobre el mosaico fúlgido y sonoro,
se buscan y se besan, y agonizan
en un temblor de músicas de orol

ALMA ORIENTAL

En un voluptuoso desenfreno,
bajo el velo de gasa transparenté,
de gemas y de joyas reluciente,
muestra tu cuerpo su impudor moreno!

Sube un suspiro de tu blanco seno,
y en el patio de mármoles silente,
el alma perfumada del Oriente
exhala por tus labios su veneno!

Surges, bajo la Luna, en los jardines,
y á tu paso el silencio se deshoja;
y estremecido el oro de las crines,

con la cola azotándose los flancos,
un león del Atlas, con su lengua roja,
lame, familiarmente, tus pies blancos!

LOS TESOROS PERDIDOS